



Á. de Irisarri M. Lasala

Moras y cristianas

Menestrales, poetas, prostitutas, campesinas y sultanas, entre otras, prestan su voz en un diálogo de historias y emociones que recorre la vida cotidiana de las mujeres de la Hispania medieval. Una época en que la península se encontraba dividida en un mosaico de reinos moros y cristianos, de lenguas y culturas. Eran los siglos X y XI de la era cristiana. Y desde Navarra a Al Andalus, de León a Sarakusta la vida transcurría entre conflictos y acuerdos, en un territorio de fronteras inciertas.

Las penas del amor, el olor de la tierra fértil, el baile o el desconsuelo de la muerte son algunos de los hilos que componen un primoroso tapiz donde se habla de miedos y alegrías. En él, reviven los sinsabores de Ende al ilustrar *El Beato* entre los monjes de Távara, la prudente sabiduría de Sibawayh, la sanadora, o el selecto salón literario de la hermosa Wallada, en la Córdoba omeya. Ecos y relatos de un ayer, en que las autoras —con una alquimia de rigor histórico y poesía— iluminan la vida de Petra la panadera, Jammara, la tabernera de Elvira, o Toda, la brava reina de Navarra. Aquellas que antes que nosotros, sintieron el olor de azahar en primavera y escucharon el viento entre el trigo y los naranjos.

PRÓLOGO



Un milagro de la vida cotidiana

Rosa Regás

No siempre es indispensable que se rasgue la bóveda celestial o se abran los mares o comience el sol a dar vueltas sobre sí mismo, para que asistamos al espectáculo o al fenómeno que llamamos milagro. A veces basta con que coincidan unas palabras, aparezcan unas imágenes, suenen unas notas. Surge entonces diáfana la melodía, el verso, el pensamiento, aunque las más de las veces, ni siquiera reparamos en que se trata de un verdadero milagro y andamos buscando explicaciones científicas que tranquilicen nuestra razón.

Así fue como yo, ausente o tal vez escéptica, asistí al encuentro casual de Ángeles de Irisarri y Magdalena Lasala en la Feria del Libro de Zaragoza de 1996. Estábamos las tres frente al público esperando a que se acercaran los lectores con nuestros libros para dedicárselos. Nos habíamos conocido aquella tarde, que fue calurosa y larga, y apenas habíamos cruzado unas palabras. Al atardecer entró una brisa que refrescó el ambiente y de pronto, tal vez por el tiempo que llevábamos juntas o quién sabe si porque se había creado entre nosotras una corriente de vaga complicidad, nos sentimos, las tres, como viejas amigas. Y fue en aquel momento, mientras yo firmaba uno de los últimos ejempla-

res del día, cuando las oí hablar del proyecto de una colaboración, de unos cuentos, de unas mujeres... Distraída como estaba, o mejor aún, poco habituada a interpretar los signos que me ofrece la realidad, no fui capaz de darme cuenta de que asistía a un pequeño milagro de lo cotidiano. Sólo al cabo de unos meses, cuando, sin que terciara entre ellas y yo ninguna otra notificación, recibí el manuscrito de *Moras y cristianas*, entendí que aquellas palabras que yo había oído distraídamente habían sido algo más que una de esas promesas de colaboración que, aun estando dispuestos a cumplir, dejamos perderse en el torbellino de nuestro trajín diario, de nuestro ir y venir por tantos caminos y torrenteras. Sí, me dije a medida que avanzaba en la lectura, era difícil prever que de mujeres tan distintas, con objetivos tan dispares, pudiera salir una colaboración tan estrecha, una obra tan lograda, tan unitaria, tan rigurosa, amable y deliciosa. Y, sin embargo, reconozco ahora, que en esa misma diferencia radicaba el secreto que explicaría esa participación, esa complicidad íntima e intelectual que da al libro su nota más característica, la unidad dentro de tan grande diversidad. Y mientras descubría las historias de las esclavas, de las prostitutas, de las poetisas y de las sultanas y reinas, iba entendiendo poco a poco el misterio, como quien desenreda una madeja y hace con ella un ovillo. Porque además las autoras procedían de tan distintos ámbitos de pensamiento que lo más normal habría sido una incomprensión primera y, de solventarla, un desacuerdo posterior, el enfrentamiento y finalmente la estéril separación. Y, sin embargo, iba percibiendo al mismo tiempo que en la confrontación de esos talentos se encontraban los elementos que harían posible esa unión fulgurante de pensamientos, de investigaciones y de lenguajes iniciados desde extremos casi opuestos para converger en una visión global de lo que sintieron y fueron aquellas mujeres de la Alta Edad Media, cuyas angustias, irritaciones y anhelos constituyen de algún modo la premonición de los

nuestros y anticipan el camino que la historia de tantas mujeres habría de seguir, mejorar, desarrollar. Y así fue como elaboraron una visión infinitamente más rica que la del punto de vista individual, una visión que contiene además mezclas singulares y combinaciones originales y sorprendentes que, como en una química de conocimientos e intuiciones, producen elementos distintos que ya nada tienen que ver con los que constituyeron el punto de partida de la investigación primera, más completos y más cabales porque alcanzan una concepción más global de una misma situación.

A mi modo de ver, Ángeles de Irisarri representa el conocimiento científico, la sensatez, la inmovible fe y tesón de las mujeres de los reinos cristianos, mientras que Magdalena Lasala aporta el conocimiento poético, menos científico, bien es cierto, pero tan veraz y válido como él. Se diría incluso que el rostro, la imagen, el colorido y la voz de una y otra, su forma de hablar y de expresarse, su estilo literario, siguen con fidelidad las pautas que marcan esos conocimientos: apasionados y envolventes los de una, como los jardines y la voluptuosidad de los ambientes de la morería, sofisticados y exquisitos, que describe; parcos, esquetos y certeros los de la otra, con humor soterrado y sentimientos inamovibles, igual que imaginamos el temple de las cristianas que hubieron de enfrentarse a una religión y una ideología más tercas, más severas, más convencionales. Y, sin embargo, al leer sus historias nos damos cuenta de que, como en un trasvase misterioso, el espíritu poético, sensual y apasionado de Magdalena recibe el torrente de energía de la investigación cuidadosa, concienzuda y rigurosa de Ángeles, igual que el conocimiento histórico más riguroso se ha dejado llevar por las brisas de la seducción y la pasión, envueltas ambas a fin de cuentas por un mismo aire, por la misma música, y cobijadas sus historias bajo el mismo cielo azul, nunca entendidos como mera escenografía sino como componentes consustanciales de la historia, que de ellos se sirve para afianzar y definir lo que fue el

mundo de las mujeres en una época que para nosotros, los que vivimos a caballo entre los siglos XX y XXI, comienza a perderse en la niebla del pasado, de la leyenda, del olvido.

Es de agradecer esa investigación al unísono de las autoras, estudiosas de la historia, que nos muestran a personajes de distintas culturas que convivieron sobre el mismo territorio y en el mismo mundo de aquella época lejana que tanto nos cuesta imaginar. Se diría que Ángeles de Irisarri y Magdalena Lasala más que inventar, adaptar o fantasear sobre unas mujeres que vivieron en la Alta Edad Media y sobre su quehacer diario, se han limitado a estar atentas a las voces de sus protagonistas, convencidas de que sólo con la mente abierta y el espíritu dispuesto, les sería posible transcribir para nosotros su historia y rescatarla, para el mundo y la cultura, del olvido a que estamos condenados los humanos.

Así se explica la veracidad de los ambientes, de las músicas, de los entornos y de los relatos que se nos cuentan en este libro. Así entendemos y recuperamos una forma de ver los siglos lejanos cuya versión ha sido edulcorada tantas veces con explicaciones más que convencionales. Así se justifica y reconoce la labor de dos autoras, Ángeles de Irisarri y Magdalena Lasala, que se unieron para definir con tal solvencia y seguridad un momento en la historia de su país que lograron demostrarnos en qué medida las dos culturas desde las que investigan son complementarias y hasta qué punto podemos reconocernos en ellas.

Así queda, en fin, explicado y clarificado aquel interrogante primero sobre cómo ha sido posible ese trabajo en común. De todas maneras, a mí me gusta más creer que la inexplicable eficacia de aquel encuentro, el corolario de la inaudita alianza de las dos autoras, no se debe tanto a la consecuencia lógica de una serie de factores propicios, dispuestos de la forma más adecuada, cuanto a los misteriosos y ocultos poderes de un verdadero milagro. Un milagro de la vida cotidiana.

LAS MORAS



Magdalena Lasala

LAS CRISTIANAS



Ángeles de Irisarri

LAS ESCLAVAS



Báhar

*La-Shala, en la provincia de Xantamariyat
Al-Xark. Año 408 de la Hégira*

Por Alá, siempre único, que el viaje había sido horrible, pensóse el general Al-Nahr, y menos mal que estaban llegando y que grandes fastos les aguardaban como bienvenida, aunque ahora venía la parte peor, su señor Hudayl ibn Racin, príncipe de La-Shala, que Alá proteja y colme de dichas, tenía que ver con sus ojos y escuchar con sus oídos y apreciar con sus otros sentidos la maravilla por la que había pagado la locura de tres mil dinares.

Para expresión de rostro, vive Dios, la que púsole el médico Ibn Al-Kinani de Córdoba, ese charlatán negociante que se llamaba maestro, cuando aceptóle el precio por la que él llamaba la única estrella del firmamento que supera en belleza y en gracia a la luna, la esclava Báhar. Hermosa sí que era, pardiez, esa Báhar, nunca había visto hembra igual, ni hubo escuchado voz más melodiosa y hechizante, ni hubo sentido antes que la sangre le quemaba por dentro desa manera al contemplarla bailar. Era ésa la mujer especial que su amado Hudayl, de la noble dinastía bereber de los Banu Racin, buscaba desde que fuera proclamado príncipe de La-Shala en la provincia llamada de Xantamariyat Al-Xark en el año 403, y se jurase a sí mismo crear el gineceo más hermoso de todo Al-Ándalus, el paraíso que reyes y príncipes envidiarían, el lugar sagrado para el gozo y el

culto a los placeres de la existencia, con permiso de Alá, siempre todopoderoso y benigno.

Ella era, sin duda, la más misteriosa mujer que jamás hubiera conocido el buen Al-Nahr. Siempre recordaría sus ojos infinitos de color miel, irisados por el verde intenso de las esmeraldas más preciosas, atravesándole, mirándole con el desdén inmutable de la hembra que elige, cuando entró en la escuela de Ibn Al-Kinani, famosa por tener las esclavas mejor enseñadas y mejor dotadas para las artes del placer, enviado personalmente por el príncipe de La-Shala y dispuesto a gastar la fortuna que su señor le confiara comprando lo mejor, ésa era la única condición, para que a su regreso él conservara la vida.

Al-Nahr no lo pudo evitar, él, un hombretón curtido en muertes de otros, y escaramuzas militares, y guerras civiles continuas en los últimos veinticinco años y siempre al servicio de los reyes Ibn Racin, no pudo evitar que un frío estremecimiento recorriera su dura espalda recordando que, a pesar del mucho cariño que se tenían, su señor no dudaría en sacrificarlo si consideraba que había hecho mala compra y que él no se rebelaría contra el castigo, mas sacudió enseguida su inquietud, imposible que Hudayl, hombre culto, refinado y astuto, el más brillante y el más inteligente de los de su dinastía, imposible que no apreciase el exquisito diamante que le llevaba, esa mujer, Báhar, graciosa como la brisa, de piel blanca como las arenas del desierto, delicada y leve como la noche después de la fiesta..., pardiez, qué le estaba pasando, diríase que estaba en demasía impresionado por ella, él, que nunca aceptó tomar esposa, se avergonzaba por descubrirse a sí mismo recordando las danzas de la esclava y sus habilidades con los sables, las lanzas y los puñales afilados, excitado al verla jugar con la muerte como si no tuviera nada que perder, esa esclava, por Alá, propiedad de su señor.

El naqib que portaba el estandarte de la expedición se acercó al general, interrumpiéndole para su fortuna, en sus

pensamientos, para decirle que la esclava Báhar deseaba hablar con él. Al-Nahr extrañóse profundamente, pues, desde que salieran de Córdoba en luna llena y estaba entrándose la siguiente, no se dignó mirarlo ni una sola vez, ni había pronunciado palabra alguna, ni consintió en tañer el laúd ninguna de las noches, ni permitió que la miraran al rostro, de tal modo que se cubrió por entero y él se había temido en algún momento ser víctima de alguna de esas estafas que cuentan que organizan algunos mercaderes de Córdoba, compinchados con las esclavas que luego resultan no ser lo que decían, o que huyen, o que son libres y pueden demostrarlo y se han repartido el dinero con el vendedor, y otras felonías así, pero en este caso no podía ser, pues la reputación de la escuela del médico Ibn Al-Kinani era intachable y por todos reconocida, y aun la de la esclava, pues ya era famosa en toda la ciudad por su ciencia y su sabiduría, y aun su belleza y su distinción eran comparadas a las de la propia princesa Wallada, que si hubiese tenido precio, a ella habría comprado para su señor.

Báhar había atravesado la cuenca de tierras cálidas del Guadalquivir y luego la del Guadiana, sin hablar más que con una muchacha que la asistía, incluida en el precio, que era quien transmitía sus órdenes y necesidades. La expedición de doscientos hombres que Hudayl había destinado a la misión de traer para su palacio doce esclavas escogidas entre las más perfectas y una más que superara en todo a las otras, además de un enorme cargamento de marfiles tallados en los talleres de Córdoba, maderas nobles para combinar con aquéllos, cerámicas, mosaicos de azulejos y lozas doradas para la decoración de las estancias privadas del príncipe, y también diversas piezas de bronce, como candiles y lámparas y aldabas y varios surtidores con formas de animales para los patios del palacio, libros necesarios para el cultivo del espíritu y por fin, varios instrumentos musicales, había tenido que dar un pequeño rodeo para evitar posibles encuentros con ecos de las guerras fronterizas en

tierras de Balansiya, aproximándose a Toledo, en donde los príncipes de la familia Dul-Nuníes, afines a los Banu Racin por sus orígenes bereberes, mantenían la misma independencia política que su señor Hudayl en La-Shala, lo cual favorecía el intercambio de comercios y los pasos entre territorios y otros negocios ventajosos para los que saben mantener la paz en tiempos de guerras. Desde Toledo habían seguido el cauce del hermoso y grande río Tajo hasta su nacimiento en tierras muy próximas a Xantamariyat, para su suerte, pues las calores apretaban y habíanse tenido que detener al fresco de sus orillas más veces de las previstas porque las mujeres se agotaban, y las bestias se paraban, y los hombres protestaban y vociferaban porque ellos éranse militares y no amas de cría y habíanse preparado para las guerras y para las luchas contra hombres armados y no para soportar el lento ritmo que imponían a la tropa las necesidades de unas pocas mujeres, y el excesivo equipaje, y los cuidados que exigían las literas y la tozudez de las mulas que portaban las jamugas, demasiado tranquilas para tanta calor, por lo que los caballos estaban impacientes y ellos hartos, también, deso y de los cobertores y las telas y las cortinas de los palanquines que, para mayor fastidio, ni siquiera dejaban ver a las esclavas ni aun a las sirvientas. Así las cosas, el general Al-Nahr, acompañado del capitán del estandarte, de paso hacia la litera de Báhar, se entretuvo comentando con los cinco oficiales y el nazir de la escuadra que conducía la especialísima carga de la esclava, que rezaba a Alá misericordioso para que la misión acabara pronto, y que ya llegaban, y que todavía habría tiempo de asistir a alguna revuelta política para ejercitar las armas antes de que llegase el invierno, en el que tendrían que permanecer recluidos, y así, sin pensar que iba a verla, habíase llegado hasta su tienda y entonces comprendió que la esclava Báhar le daba miedo, y que a su señor, Alá no lo quiera, podría pasar lo mismo. Háblame de tu dueño, le dijo Báhar con una voz igual dulce que firme. Y él obedeció ex-

plicándole el noble origen bereber Hawwara de Hudayl ibn Racin, príncipe de La-Shala, una de las personas más importantes de la Frontera, que era hermoso de rostro y de porte bien parecido, agradable al trato, de buen natural y afable, que gozaba de buenas relaciones políticas por su inteligencia y sagacidad en los asuntos entre los otros reyes y príncipes de Al-Ándalus y que decían de él que no habíase conocido otro de semblante más agradable, ni más distinguido por su facilidad de palabra y por su talento para obtener lo que necesitaba gracias a su gran poder persuasivo. También dijo de Hudayl que amaba la música por encima de otras ciencias, y que por eso habíale encargado a él, sumiso y fiel ayudante desde hacía muchos años, la compra della.

El general recordó este episodio cuando, ya en audiencia con su amado señor en el salón principal de palacio, rodeados de gran boato e importancia y con varios chambelanes y otros nobles, y varios sirvientes y esclavas que servíanle licores dulzones en bellas copas de plata para solaz de su paladar, él hiciérale la misma solicitud. Háblame de mi esclava, dijo, aguardando la ceremonia en la que Báhar sería presentada a su dueño, junto con las otras doce joyas, como una de las mayores riquezas de su reino, y Al-Nahr contó, por tanto, lo que sabía de la esclava, que nadie conocía su origen cierto, ni siquiera su anterior dueño, el propio Ibn Al-Kinani, que años atrás había adquirido en el mercado de Córdoba una partida de cautivas jóvenes, varias de ellas encinta y con algún niño de leche, que provenían de tierras del norte, quizá francas o gallegas, por el cual grupo tuvo que pujar fuertemente frente a otros postores pues las cautivas eran a cual más bella y bien conformada, de piel fina y blanca como los nácares, muy apreciada por los vendedores de esclavos para obtener mejores precios por ser las preferidas de los árabes de buena cuna, y de cabellos y ojos claros, y que con el lote adquirió igualmente varios esclavos para servirle como eunucos, que los eligió de piel

negra, originarios de Sudán, porque eran más sumisos. La madre de Báhar murió en el parto, alumbrando una niña pálida como la luna y con la piel delicada como el narciso, y por eso fue llamada Báhar, que significa, en árabe, narciso. Al-Kinani, famoso por su habilidad para despertar la inteligencia en las piedras y, con más razón, la de las personas por más zafias que éstas sean, según sus propias palabras, descubrió en la niña Báhar unas cualidades excepcionales para la música y el baile, igual que para el canto, pues la voz della entra por el oído hasta el corazón trayéndole la dulce dejadez de la nostalgia, ésa que Báhar debía sentir desde que nació, y así fue que el médico la tomó especialmente a su cargo con el fin de crear, Alá todopoderoso lo perdone, la creatura más perfecta sobre la tierra, la más exquisita flor de todos los jardines, la perla más excepcional nunca antes encontrada, y vive Dios que consiguiéramos, y encariñado con ella y con su obra, púsole el más alto precio que pensara él jamás daría un comprador por ella, y así fue que al tener que venderla para mi señor Hudayl, Alá sea con él y lo colme de dichas, Al-Kinani lloraba por despedirse de su maravillosa esclava y por no haberle puesto un precio todavía más alto, y anunciaba a grandes voces que ella sabía de medicina, de historia natural y anatomía y de otras ciencias en que sabios del momento le eran inferiores, que nunca cometió falta al escribir o cantar, que su caligrafía era sin igual, y su dicción pura, y que todo su saber resultaba, sin embargo, oscurecido, por la habilidad fantástica de Báhar en el juego con los sables y los puñales, y en la cuerda floja con escudos en la mano, y aun en la lucha. Y túbole que separar de los pies della, arrastrado por los suelos como las plañideras, y ordenar la partida, porque si no, se temía el oficial que hubiese tenido que retrasar el viaje o pagarle más dinares.

El gran salón donde se hallaban reunidos los hombres importantes del reino de Hudayl, que estaba decorado con columnas de mármol, bellos frisos esculpidos en bronce,

espejos, sillas con enrejados de maderas de Oriente, arquetas y mosaicos, e incrustaciones de nácar y marfiles y otras exquisiteces, retumbó de pronto con un redoble agudo de tamboril y, sin más preámbulo, la música inundó la gran sala. Las doce esclavas permanecían ocultas detrás de las celosías, organizadas como orquesta femenina, tan de moda entre los señores andalusíes. La sitara de esclavas estaba compuesta por cinco laúdes, un adufe, una ajabebea y otra flauta similar más corta, un rabel, una chirimía que llamaban zammara, dos mandolinas y el tamboril, instrumentos todos ellos contruidos en los talleres de Sevilla, delicadamente tañidos, y en verdad que el espíritu de los presentes se regocijaba con tan hermosa audición. En una pirueta extraordinaria, con un salto imprevisto como una ráfaga de viento rojo, apareció en medio del salón Báhar, provocando la sorpresa y la admiración de los reunidos. Sostenía en la mano derecha una pequeña pandereta que simulaba el silbear de la serpiente en las contorsiones más comprometidas de su danza, consiguiendo el mismo efecto hipnotizador que aquélla. Báhar poseía una belleza extraordinaria, que al danzar parecía resplandecer y multiplicarse, y elevarse por encima de su cuerpo, llenando la estancia de un magnetismo único que la envolvía a ella misma y a los presentes y hacía hervir la sangre y los deseos más escondidos. Su rostro expresaba una felicidad sin par, la más cautivadora sonrisa, la más hechizante mirada, dichosa para sí de saber que su danza procuraba a otros la alegría, y su cuerpo era el más hermoso sueño nunca antes contemplado, cubierto levemente por un velo de seda roja que permitía volar los brazos y las piernas de la esclava, ceñido a la cadera con una cinta de brocado dorado moviéndose al ritmo de sus contoneos enloquecedores, en una armonía con la música tal que ni los arrayanes de los jardines, ni los abedules, ni los ramos de jazmines se balancean así con la brisa, pareciendo que la propia música anidara en ella, en su cintura, en sus hombros, en sus manos y, súbitamente, la